

LAGAR

A Kattalin le encantaba el olor de octubre. El olor que en octubre se esparcía en toda la casa. El aroma de la manzana. Cerraba los ojos e imaginaba manzanas y manzanas pululando por toda la casa. A toda la familia le encantaba aquella época del año donde ponían en marcha el lagar. Toda la casa bailaba al ritmo de damba-damba-damba. El lagar era el esqueleto de la casa, el que sostenía la casa de pie. El que le daba sentido a la casa. Se podría pensar que el lagar pasaba casi todo el año descansando, para guardar fuerzas de cara al trabajo que tenía que hacer en octubre. Porque precisamente, para mover toda aquella maquinaria, para crear pieza a pieza aquellos movimientos, hacía falta fuerza, mucha fuerza, destreza y ritmo. Sí, todo el caserío bailaba y saltaba golpe a golpe. Y Kattalin se emocionaba. El lagar era el latido viviente de Igartubeiti.

Octubre era hermoso, octubre era gente y gente, era sonido y ruido, olor y aroma. Era increíble sentir el jugo de las manzanas en la planta del pie. Jugar, chapotear, mojarse hasta las rodillas. El trabajo de los pies, el trabajo de la madera, pies, madera, pies, madera, pies, madera... Y allí iba tobogán abajo el jugo de la manzana hasta los barriles que había abajo en el medio del establo.

Los más pequeños se llevaban los pies a la boca y disfrutaban chupando y chupando los restos del jugo hasta casi morderse el dedo gordo. Los mayores brindaban y se reían al final del día para celebrar el trabajo bien hecho. Solían ir a la cama con los brazos y las piernas muy cansadas. Y desde la cama seguían escuchando los golpes del lagar, así se dormían, damba, damba, damba, ya que el lagar seguía bailando en mitad de la noche.

Octubre era hermoso en Igartubeiti, octubre era gente y gente, sonidos y ruidos, olores y aroma.



Gipuzkoako
Foru Aldundia
Diputación Foral
de Gipuzkoa



ETORKIZUNA ORAIN
Es futuro